

294. Considera, cerrando este martirio con lo que dice nuestra Señora á Santa Brígida,* que despues de haber andado todas aquellas tan dolorosas procesiones de Caifas á Pilato y Heródes, para encontrarse con su divino Hijo; por último, cuando quisiéron azotarlo, se vino á hallar en parte en donde lo podía ver, y oír los latigazos y azotes. “Habiéndole desnudado (dice esta soberana Señora) su divino cuerpo, le diéron de pescozones y golpes; y escupiéndole, mandaron que se fuese á la columna, en donde sin misericordia le ataron desnudo como habia salido de mis entrañas, y cercándole los verdugos por todas partes, empezaron á azotarle; y al primer azote que yo oí, y ví, fue tal el dolor de mi alma, que fué cual no cabe en toda ponderacion el decirlo; y mas cuando reparé que estaba todo su santísimo cuerpo llagado de piés á cabeza, rasgadas sus inmaculadas carnes, y descubiertos los huesos entre la sangre roja.” Hasta aquí nuestra soberana Reyna. ¿Y quién podrá ponderar la pena de su alma santísima, y la afliccion de su purísimo corazon? Aquí enmudecen los ángeles, cuanto mas los hombres. ¿Te parece que el referir la Reyna de los ángeles lo que vió y oyo, y no referir lo que sintió su alma, carece de misterio? Has de pensar que es, no porque le faltaron á nuestra Señora palabras para explicar sus gravísimas penas, sino que las dejó á la consideracion y al silencio. Si tú y yo tuviéramos alguna pequeña parte de su amor, pudiéramos decir algo; pero puesto que nos falta el alma del sentimiento, contentémonos con mirar al santísimo y llagado Hijo, y mirar á la dolorosísima Madre, poniéndolos como sellos en nuestros corazones; que con eso se imprimirán en ellos sus imágenes, y con eso nos basta, sellándolos en nuestro corazon; que por último algo se nos ha de pegar de tanta pena, dolor y compasion.

* Ubi sup.

MISTERIO TERCERO.

De la corona de espinas con que los Judíos coronaron al Hijo de Dios.

295. CONSIDERA en el paso de la coronacion de espinas, en donde tienes muchas consideraciones. Considera cómo los verdugos llevaron al Salvador al patio de Pilato, y pidiendo licencia, como dice San Agustin,* y obtenida ya, buscaron por aquellos rincones algunos malos andrajos colorados; y como dice San Buenaventura,† hallaron una túnica, que por inútil habian arrojado, y un pedazo de una manta colorada, tambien arrojada, por no ser á propósito para nada; y llegándose al Señor, cansados ya de atormentarle el cuerpo, quisiéron con oprobios y afrentas atormentarle el alma. Ya consideras que lo ves, y oyes que le dicen muy contentos y alegres: ya, gran rey de los Judíos, se os han cumplido vuestros deseos: ya se os ha llegado aquel dia que tanto habeis deseado, en que os coronasen por rey: orden tenemos del presidente de los Romanos para coronaros; y así dejaos vestir, que aquí teneis la púrpura real, y luego os daremos la corona y cetro. Sacaron entónces aquellos andrajos, y como estaban llenos de tierra, pajas y basura, se los pusieron sobre su santísimo cuerpo, todo rasgado con los azotes. Pusieronle primero la túnica, y sobre ella el pedazo de manta, y atándola con un hilo, se la pusieron en los hombros, dando grandes risadas, y haciendo grande mofa del Señor de la Magestad. Mira su paciencia, su humildad y su mansedumbre, cómo se deja poner aquellas ropas llenas de agujeros, desechadas y afrentosas; y trae á la memoria tus vanidades, tus galas y el adorno de tu cuerpo, y afrentate de ponerte de esa manera delante de tu Dios escarnecido, vituperado y mofado por ti.

296. Considera lo que dice el beato Alano, que habiéndole puesto aquel ropage de vilipendio y afrenta, trageron una mala silla, y le digéron: ea, siéntese vuestra Magestad, que los reyes no han de estar en pié: ahí tiene el trono real.‡

* Tract. 116. in Joan.

† Med. 7.

‡ Matth. ii. Ibid. xv. Radix græca.

Hecho esto, salieron afuera, y llamaron á toda la cohorte, que eran los soldados del presidente, que segun dicen muchos, eran mil doscientos y cincuenta, para que viniesen á ver al rey de los Judíos con la púrpura real; que tendrian un buen rato y gustoso entretenimiento en verle. Entraron todos los soldados, y como le viéron de aquella manera, y en tan despreciable representacion, fuéron grandes las risadas que diéron; y como dicen San Mateo y San Marcos, le hincaban la rodilla, y le adoraban como á loco, y le decian: sea para bien, rey de los Judíos; y le daban de bofetadas y escupian en su rostro santísimo. Poníanle la corona, y le daban de palos con la caña sobre la misma corona. Has de meditar todas estas cosas y cada una de por sí, con toda la atencion que ellas piden, que te darán motivo de gran dolor y compasion, y en ellas hallarás egercitadas grandes virtudes. Y así, despues de haberle visto bien sentado en aquella mala silla, cubierto con aquellos indecentes andrajos, humillado su cuerpo divino, atadas sus divinas manos, é inclinada al suelo su cabeza santísima entre todos aquellos mofadores, que no cesaban de reirse y de ponerle malos nombres, y decirle oprobios; pasa á considerar por su órden lo que egercutaron é hiciéron con su divina Magestad.

297. Considera, cómo dice el santo evangelio, que le hincaban la rodilla y le daban de bofetadas; pero lo has de considerar así: haz cuenta que los verdugos les dicen á los soldados que se entretengan con él miéntras ellos van á hacer la corona; y que entónces uno de aquellos dice, ¿qué hacemos aquí? Adoremos al rey de los Judíos; y en esto piensa que le ves hincada una rodilla delante del Señor, y que le dice; salvete Dios, rey de los Judíos, con mucha mofa, teniéndole por loco; y que como el Señor no le correspondia á la salutacion, le decia: ea, no se haga tan grave, respóndame y saludeme, puesto que yo, siendo soldado Romano le saludo; y como el Señor callaba, levantándose el maldito, le descargaba una cruel bofetada, como quien dice: no porque lo hacemos rey se nos ha de mostrar tan grave; y así tome para que tenga cortesía. A este sucedió otro, como diciendo: dejadlo, que á mí me tendrá cortesía. Saludóle en la misma forma, y con las mismas razones, y dióle otra bofetada; y así fuéron pasando todos, y cada uno le daba cuál bafetada, cuál puñada; y muchos mas rabiosos, y para mayor desprecio se quitaban los zapatos, y con la suela le daban en el san-

tísimo rostro y sagrada boca (que así se lee del griego, Cornelio y otros muchos aquella palabra del evangelio, que dice:* y otros le deban con las palmas en el rostro.) Con lo cual, como eran muchos, y todos incitados por el demonio, que no podia sufrir la paciencia del Señor, le daban con gran rabia, y le pusiéron todo el santísimo rostro tan hinchado, que no tenia forma de rostro: los labios heridos contra los dientes: las mexillas iguales con las narices; y los ojos, que no podia abrirlos, y chorreando muchísima sangre por la boca y narices santísimas. ¡O alma cristiana! Carga la consideracion, y mira al Señor tan afrentado por ti. Grave injuria es dar una bofetada á cualquier hombre, por bajo que sea: gravísima dársela á un noble, príncipe ó rey: ¡y al Rey soberano de los cielos le dan tantas, y no solo bofetadas con las manos, sino lo que es mas estupendo, le dan con las suelas de los zapatos ó chinelas en su boca y rostro divino, y calla nuestro Dios y sufre! ¿Hallas por ventura, ó has oido ó leído jamas tal injuria? ¡O Rey de la gloria! Todo eso es necesario para humillarnos nuestra soberbia, y abatirla con un tan estupendo eemplo de paciencia.

298. Considera cómo despues de las bofetadas, miéntras traian la corona, pasaron adelante con los oprobios y afrentas, y volvian á ponerse delante; y como ya no habia en donde cayesen las bofetadas, mudaron en salivas las afrentas. Llegaba el primero, y diciéndole un oprobio, le escupia una asquerosísima saliva en su divino rostro: seguía el otro, y hacia lo mismo con desprecio y vilipendo, con feas y afrentosas palabras, y así todos le fuéron escupiendo; y apareció aquel semblante divino todo sembrado de salivas, todo el cabello y sagrado pecho; y salivas, no como quiera, sino salivas de hombres que bebian mucho vino, que son las mas asquerosas y abominables. Qué te parece, cristiano: ¡y podrás tú sufrir el ver caer sobre aquellos divinos ojos, narices y boca estas inmundas, asquerosas y viles salivas? Mira, alma, el Sol de la gloria eclipsado, la alegría de los bienaventurados obscurecida y afeada. Dime, ¿á vista de este espectáculo de lástimas, cuidarás ya de tu rostro, te desvelarás ya por la gala y por el aliño vano de tu cuerpo? ¡O eterna Magestad, bondad y hermosura incomprehensible de Dios!

* Multi ex Græc. Matth. xxvi. 67. Sic legunt: & alii crepidis eum cæciderunt. Sylv. tom. 5. lib. 8. cap. 4. quæst. 16. num. 131.

En el peor rincón y en el más sucio lugar se escupe comúnmente: ¡por tal tienen los hombres la cara de Dios, los ojos y boca de la eterna verdad, esplendor de la gloria del Padre!

299. Considera cómo después de todos estos oprobios y afrentas, acabaron de hacer la corona de espinas, que era en forma de casquete,* que cogía la cabeza por todas partes, y de propósito la hicieron estrecha, para que entrase con dificultad,† y con eso se clavasen más las espinas, y atormentasen doblado. Considera, pues, que los ves llegar delante del Señor, con mucha irrisión con la corona en las manos, haciéndole grandes cortesías, hincándole la rodilla: y mirándole con desgarro, como á loco y hombre fatuo y sin juicio, le decían, como considera San Vicente Ferrer: ‡ ¡ó gran rey! alegraos. ¿Cuándo habeis merecido vos una dicha como esta, que los soldados Romanos os coronen? Ea, enderezad esa cabeza y recibid la corona, que este es gran día para vos. Piensa cómo el Señor levanta su cabeza sacratísima, que por la grande vergüenza y confusión la tenía inclinada al suelo. ¡O qué mansedumbre! Atiéndela bien, y mira ahora cómo le ponen la corona sobre la cabeza; y luego cogiendo unas horquillas de palo, la fueron encajando con fuerza, y fueron entrando las espinas por la santísima cabeza, y empezó á correr la sangre á arroyos por los cabellos, oídos, y el rostro: éntrase en los ojos y en la boca sacratísima en tanta abundancia, que como dice Santa Brígida, quedó toda la cabeza como si la hubieran metido en una tina de sangre; y con tan gran dolor, que como dice San Vicente Ferrer, setenta y dos espinas se le entraron por la santísima cabeza: y como dice San Buenaventura, eran tan gruesas como los clavos: y bien se conoce por las que hoy se ven, después de cerca de mil setecientos años, que están gruesas y largas. Esta es la materia de la meditación: ahora ponte á contemplar á tu Dios. Mira lo primero la crueldad de los ministros y la impiedad con que aprietan la corona. Mira lo segundo la sangre que corre, y como se va entrapando con las salivas que estaban tendidas por el santísimo rostro, y se va poniendo como rostro de leproso; y por último helada la sangre y secas las salivas, queda aquel divino semblante tan afeado, que parece más cosa monstruosa que hu-

* S. Buenav. med. 7.

† Serm. de Pas.

‡ Sanct. Brigid. lib. 1. c. 10.

mano rostro. Así se dejó desfigurar y borrar la hermosura del cielo, para limpiar y borrar las manchas de nuestras almas: así se dejó manchar y afeár para quitar nuestra fealdad, y purificar nuestras almas: echó sobre sí nuestras miserias todas, para que de todo punto apareciésemos agraciados á los ojos de su Eterno Padre.

300. Considera cómo habiendo coronado al Señor, trageron aquel cetro de burla, que era una muy gruesa y tosca caña, y se la pusieron con grande mofa en la mano, dando á entender con esto, dice Santo Tomás, que era loco, y que llevado de la locura y frenesí, afectaba ser rey de los Judíos; y habiéndosela puesto, venían y le hincaban la rodilla, como diciendo: ya estais hecho de todo punto rey: nada os falta; ya teneis la púrpura, ya teneis la corona y el cetro, y soldados de guardia que os adoran: qué más quereis? Y diciendo esto echaban mano á la caña, instigados por el demonio, é irritados por él (como dice Orígenes,) le daban cruellísimos palos con ella sobre la misma corona para apretarla más, y para que más penetrasen las espinas, y el dolor fuese más intenso; y así fueron tales los dolores que le causaban, dice San Buenaventura, que todos los nervios, venas y arterias del santísimo cuerpo se conmovieron y estremecieron con insufrible pena, y el Señor empezó de nuevo á arrojar gran copia de sangre por los oídos y por las narices; y por la viveza de los dolores le reventaron de nuevo las lágrimas, mas no lágrimas de agua, sino de sangre; y así empezó nuestro Dios á llorar sangre, que corría hilo á hilo por las sagradas mejillas. ¡O eterno Rey y Señor de nuestras almas! Nuestras culpas, nuestras vanidades, nuestras altiveces y nuestra codicia os tienen puesto en tanto aprieto, que os hacen derramar lágrimas de sangre por esos divinos ojos. ¡O amantísimo Dios y Criador mio, Padre de infinita misericordia! Vos llorais sangre por mis culpas y por la perdición de mi alma; y yo ni lloro mis culpas, ni siento mi perdición. Haced piedad de mí, Señor, y haced que vuestro dolor atraviere mi alma: vuestras espinas claven mi corazón: vuestra sangre ablande mi dureza; y vuestros golpes, así como en vos descargaron, descarguen en mis endurecidas entrañas.

301. Considera en las virtudes que tan altamente resplandecen en su divina Magestad. Mira aquella paciencia que no le deja abrir su boca entre tantos dolores: aquella mansedumbre entre tantas afrentas: aquella humildad entre tan-

ta irrisión y tantos desprecios; y sobre todo la paz interior de aquel mansísimo y benignísimo corazón; pues entre tanta invención de tormentos, dolores, golpes y afrentas, hasta darle con las suelas de los zapatos en su boca y rostro divino, entre tantas y tan asquerosas salivas; ni con todo esto, ni con aquellos andrajos de vituperio, desprecio é irrisión, ni con tanta máquina de oprobios, vilipendios y sucísimas y feísimas palabras que le decían, pudieron conseguir, ni los demonios, ni los hombres, que en él se levantase el mas mínimo asomo de inquietud, turbación, ira ni alteración: siempre estaba manso, benigno, templado, quieto y sosegado, y tan aparejado para la piedad y misericordia, que la menor compunción que viera en aquellos tan crueles y fieros enemigos, sin duda alguna fuera bastante para que el Señor los admitiera á su gracia y amistad. Tanta era su caridad, tan encendida estaba en aquel divino pecho la llama de amor, que ni tanta lluvia de penas, oprobios y tormentos, ni aquella tan arrebatada corriente de dolores, que como caudaloso río le cubria de piés á cabeza; no fueron bastantes á apagarla: ardía con los azotes, bofetadas, salivas, espinas y palos, como el fuego arde con la leña seca. ¡O tibieza miserable de nuestro amor! Cualquiera cosita basta á entibiarle: cualquier trabajo, por pequeño que sea, lo apaga, y nos pone en tanto riesgo y aprieto, que no dudamos impacientes á romper con su amistad, y aun á quejarnos de su providencia, ofendiéndole gravemente: cualquiera desprecio nos altera, cualquiera injuria nos enciende en iras, odios y rencores; ¿y por qué? porque no pensamos, ni nos acordamos de la paciencia y amor de nuestro Dios: porque no consideramos ni traemos en la memoria sus injurias, y lo mucho que padeció por nosotros. Aplica, pues, la consideración á tu Dios, y mira cómo padece, y cómo te enseña á padecer con su ejemplo.

302. Considera cómo viendo Pilato al Señor tan mal parado, le pareció que en viéndole así los Judíos, se habían de aplacar y dejar de pedirle la muerte; y así mandó que se subiesen arriba, y él lo sacó á un balcón alto, para que lo pudiesen ver todos: se le mostró diciéndoles que le mirasen cuál estaba bien castigado: que con aquello ya le podían dejar libre de la muerte. Esta es la materia de este punto, y ahora has de ir por menor considerando todas las circunstancias y cada una de por sí; para que con eso descubras mas por

extenso los trabajos del Señor, y las grandes virtudes y doctrinas que su divina Magestad te muestra en sí mismo. Considera pues lo primero, cómo habiendo visto Pilato al Señor, mandó que se le subiesen arriba. Ahora haz cuenta que te hallas allí; y lo primero advierte la distancia que hay desde donde estaba el Señor, que era abajo en el pórtico: ha de atravesar y pasar todo el patio, subiendo una escalera de mármol que tiene cerca de sesenta escalones para haber de llegar al balcón. Mira como los verdugos le mandan que se levante de aquella silla, y vaya con ellos; y el Señor de la Magestad prueba á levantarse, y la cabeza desvanecida con la grandeza de los dolores, y la mucha sangre derramada, le inclinan al suelo: las piernas debilitadas con el martirio de la columna también; de manera que flaqueando no pueden sustentar el cuerpo; y al levantarse cae en el suelo, y caído no puede levantarse por la suma flaqueza de todo el santísimo cuerpo despedazado y desangrado; y aunque procura levantarse, no puede hacer fuerza con las manos, porque las tiene atadas, ni tampoco tiene arrimo, aunque las tuviera libres; y así de la crueldad del demonio, y de la impiedad de sus ministros, puedes entender que le diéron muchos golpes y puntapiés, y muchos palos sobre la corona de espinas, con lo cual mas y mas le imposibilitaban. Llégate tú por allí, y ayúdale á tu Señor: dale la mano, porque aquellos malignos no saben llegarse sino para herirle: abrázate con su Magestad divina, y ayúdale á ponerse en pié, y no tengas asco como los Judíos, ni de aquellos andrajos de que le ves vestido, porque son los de tu padre Adán; ni tampoco te causen asco las salivas, porque son tus propias maldades; ni su sangre preciosísima, que es el precio de tu libertad: y ayúdale á tu Señor, que no tiene quien le ayude, ni adonde arrimarse, porque á cualquiera que se arrime le da un empujón que le hace caer. Mira que tiene los ojos llenos de sangre, y cubiertos de salivas, y no ve: límpiaselos, y luego ruégale que se arrime á ti, que no obstante aunque conoces que tu arrimo es malo, su sangre divina, que está de por medio, te hará bueno.

303. Considera cómo aquellos crueles sayones le tiran al Señor por la soga de la garganta, y por la de las manos, y le ponen en pié, y su divina Magestad va caminando paso entre paso, temblando todo el divino cuerpo, y pasando el pórtico, atraviesa el patio, y llegando á la escalera, viéndola tan alta y larga, se le aflige el corazón, considerándose sin fuerzas